

‘IN MEMORIAM’

Román García Varela, juez lúcido y comprometido con la democracia

PASCUAL SALA SÁNCHEZ

El miércoles pasado se nos fue para siempre Román García Varela. Román ha sido un excelente magistrado desde el inicio de su carrera judicial hasta la culminación de la misma como magistrado del Tribunal Supremo, jefe del Servicio de Inspección en el Consejo General del Poder Judicial y magistrado de la Sala Primera (de lo Civil) del Tribunal Supremo. Su fina y directa percepción de los problemas sometidos a la consideración de los tribunales de la que ha formado parte da fe no solo de su más que correcto enfoque, sino del aprecio y reconocimiento de los compañeros que con él han compartido responsabilidades.

Personalmente he podido comprobar, en nuestra larga relación, su casi exagerada meticulosidad en el cumplimiento de cuantos cometidos ha tenido que llevar a cabo. Eso no le ha impedido desarrollar una bien cuidada actividad como publicista jurídico. Su autoría en las obras *Práctica procesal civil*, *De derecho de la edificación*, *Comentarios al Código Civil y La ley del divorcio*. Experiencias de su aplicación es bien conocida y mejor valorada. Pero, conforme he anticipado, fuera del campo estrictamente jurídico, tiene escritos plenos de fino humor y profunda percepción psicológica. Sirvan de muestra los que llevan por título *Las niegas de comi-*



Román García Varela, magistrado del Supremo, en 2003. / RICARDO GUTIÉRREZ

ción, Cuento judicial, El juez y el carcelero, El juez Teas-twood y el FBI y Sobre el caos judicial. Además, escritos finamente jocosos del mundo taurino y uno relativo a *La incidencia de las gentes de Sarria en el mundo*, verdadera historia de ilustres sarrianos demostrativa del cariño acen-

drado que ha profesado a su pueblo, Sarria, y a sus ilustres paisanos. Y todo ello sin dejar de lado las ya renombradas Jornadas Jurídicas Sarrianas, que han congregado desde su inicio —este año ha tenido lugar la séptima edición, pocos días antes de su muerte— a los más destacados

juristas españoles y que vienen celebrándose con la colaboración de la Xunta de Galicia, la Diputación de Lugo, el Ayuntamiento de Sarria y el Foro Jurídico Sarriano. Esperemos, como merecido homenaje a uno de los sarrianos y gallegos más ilustres de nuestros días, su continuidad en el futuro, pero no solo por este homenaje, sino por el mismo valor intrínseco y calidad que Román les supo imprimir. Por todos estos méritos le fueron concedidas la Cruz de Honor de San Raimundo de Peñafort, la medalla Castelao y el premio Montero Ríos.

Román García Varela se identificó siempre con los valores más importantes de un sistema democrático. Creía profundamente en ellos y a lo largo de su dilatada vida profesional, que culminó con entera lucidez hasta sus últimos días, dio muestras innegables de sus convicciones. Nunca las ocultó. Siempre supo transmitirlos, en sus sentencias, sus escritos y su vida entera con una fuerza y, al propio tiempo, una seguridad que impresionaba a cualquiera que las recibiera. Pero lo hacía con una aguda percepción y una clara visión de cada problema humano o social que a su análisis y decisión se presentaba.

Además de un gran jurista y un gran Juez, Román era un hombre de gran cultura, siempre abierto a cualquiera de sus manifestaciones y procedencia.

Tenia, eso sí, una patente debilidad con la cultura de su tierra, de su hermosa y prolífica Galicia, que conocía como pocas personas he visto y podido comprobar. En realidad Galicia era para él un mundo aparte del mundo en que tenía y vive, y dentro de ella Sarria y A Coruña ocupaban su lugar más destacado. Siempre nos sorprendía a los amigos que, en cualquier circunstancia, en cualquier conversación, inclusive lejos de España, sacara a relucir algo que tenía que hacer en las dos ciudades de su preferencia y, por qué no decirlo, de su nostalgia.

Pero Román era también una persona vinculada en sentimientos y cariño a su familia y a sus amigos. A su familia, porque tuvo siempre un amor especial por Lola, su mujer, por sus hijos Román e Iria y por sus hermanos Paco y Luis. A sus amigos, porque puedo decir con rotundi-

Culminó su
carrera en la Sala
de lo Civil del
Tribunal Supremo

dad que no podía vivir sin ellos, sin sus amigos íntimos, como nosotros tampoco podíamos estar sin él. No es que le echaremos de menos, es que se nos ha ido también con él una parte de nuestra propia existencia.

Hemos perdido con su muerte un excelente magistrado, un fino jurista, un gallego ilustre, un gran amigo, un hombre generoso y bueno y para todos una gran persona.

Pascual Sala Sánchez es presidente del Tribunal Constitucional.

Yoram Kaniuk, un escritor vitalista y desencantado

ANA CARBAJOSA

Incluso enfermo de cáncer y sometido a un tratamiento de quimioterapia, el novelista israelí Yoram Kaniuk destilaba la vitalidad con la que estos días se le recuerda en Israel. Le visité hace pocos meses en su pequeño apartamento de Tel Aviv. Su mujer, su hija, el nieto que no paraba quieto, el perro... Había mucha vida en el universo de Kaniuk, uno de los grandes de la literatura israelí, ya entonces bastante enfermo y que murió este sábado a los 83 años.

Pero sus obituarios le recuerdan sobre todo como uno de los fundadores del Estado de Israel, como uno de los jóvenes combatientes de la guerra de 1948. Kaniuk fue un soldado con la mochila cargada de ideales, que se hacía preguntas y que con el paso de los años fue perdiendo la fe en su propia creación. No creía que Israel fuera a sobrevivir en una región cada vez más hostil a sus intereses y de puertas para adentro. Tampoco le gustaba el país que veía reflejado en el espejo de la ocupación sobre los palestinos y en el que la religión avanza sin

aparente freno. Se sentía defraudado; no reconocía a su propio país, se lo habían robado los extremistas, pensaba.

Recibió los más importantes premios de la literatura israelí y publicó 17 novelas. Fue además un activista de su propia vida, que trató de vivir de acuerdo a sus

No le gustaba
el Israel que veía
reflejado en el espejo
de la ocupación

convicciones. Una de ellas le llevó hace poco a la primera página de los diarios israelíes. Consiguientemente, tras una farragosa batalla legal ser el único israelí definido en su documento de identidad por la nacionalidad, no por la religión. Él se sentía verdaderamente israelí. Lo de la religión era para él un asunto bien diferente. Por eso, le aterraba el poder —numérico y político— que acumulan los judíos ultrarreligiosos en Israel. Era bien consciente de que los lai-

cos israelíes no han sido capaces de ganar ni de lejos esa batalla.

Nani dejó de conectar con la naturalidad con los jóvenes, que adoraban su obra y con el caso de los años se convirtieron en su público más fiel. Porque a Kaniuk, como a muchos jóvenes, le apasionaba la vida y sus entretenimientos. Vibraba con la política, la música —era un fanático del jazz—, el cine y la literatura, pero sobre todo le importaba la gente. Comprendió mucho antes que sus compatriotas por lo que habían pasado los supervivientes del Holocausto. Trabajó en uno de los barcos que los llevaron a Israel y escuchó sus historias. Aquellos relatos le rompieron para siempre.

A las puertas de la muerte, el célebre autor de *El hombre perro* seguía dándole vueltas a si algún día sería posible la paz con los palestinos. Se embarcaba en aventuras de entendimiento mutuo con el supuesto enemigo e intentaba —a menudo en vano— comprender lo incomprensible.

La visita a aquel piso bajo de Tel Aviv vino a cuento de la publicación en España de su novela *1948* (Libros del Asteroide, 2012).



Yoram Kaniuk, escritor israelí, en 2011. / RONEN ZVULUN (CORDON)

unos recuerdos del campo de batalla escritos en primera persona y que tienen muy poco que ver con la narrativa bélica sobrecargada de épica nacionalista que se estilaba en la región. Él fue un soldado perdido, un niño medio bien que no entendía qué hacía allí. Es curioso lo moderna y valiente que resulta aún hoy su obra.

La declaración de intenciones que dejó escrita en el diario israelí *Haaretz* antes de morir, en la que explicaba que había decidido donar su cuerpo a la ciencia, da una última cuenta de la naturaleza de este personaje generoso. De su imposible deseo de seguir viviendo, incluso después de muerto. "He donado mi cuerpo a la ciencia para poder seguir existiendo unos años después de que muera".

ra y para que los jóvenes doctores aprendan sobre lo que hacen. En mi mente, por un instante he ganado unos cuantos años, y como Mosiés, nadie conoció el lugar de mi tumba porque me aseguré de que no la hubiera. Y de ello se beneficiarán mis descendientes". Muchos le echaron de menos.

ESQUELAS
EN
EL PAÍS
☎ **900 101 738**
LLAMADA GRATUITA
☎ **91 402 86 66**
Contratando una escuela en el
periódico, una digital gratis en:
www.esquelasoficiales.es